

estas notas alcazareñas por derecho propio.

Entonces las relaciones eran muy humanas, como se dice ahora echando de menos lo que se perdió. Al maestro se le respetaba como a un padre y él se hacía respetar con normas de ejemplaridad, pero se convivía más fraternalmente y estos, cuando descargaban un vagón de madera, se cenaban unas buenas habichuelas con conejo todos juntos. Y lo mismo cuando caía algún pez gordo y hacían un ataúd de precio, lo celebraban de la misma manera y siempre remojándolas bien, porque era de ritual subir al cielo a los muertos y acostarse un poco templados, lo mismo que al cubrir las obras.

Dos de los comensales de estas cenas de Carretero y Sánchez eran Enrique Tejero y Bernardo Campo, el carpintero tartamudo y hombre gracioso por naturaleza, de los que no hacen nada en serio ni se alteran por ninguna clase de bromas como consta en esta obra. Un día estaban enmaderando una casa en el monte y fue Enrique al escusado y al salir le dice a Bernardo:

—Ahí te he dejado una liebre.

Alza la tapa Bernardo y contesta:

--Por lo que huele debe ser cuquillo. Pe...e,,, e...lalo tu.

---

Magnífica estampa de lo que era la vida del artesanado local.

Se trata del matrimonio de Jesús Sánchez y Sebastiana Cervantes con sus hijos, tan conocidos, comiendo en el patio de su casa bajo el toldo en un caluroso día de verano, los hombres a un lado, las mujeres al otro y por su orden según la edad. Heliodoro a la derecha y Sergio a la izquierda de Jesús y las chicas al lado de la Sebastiana, una de las siete hijas de Canuto, conocidas por las Golilalas, con lo que el apellido acabó en esa línea, lo contrario que hubiera sucedido si todos los hijos hubieran sido chicos en lugar de chicas que se hubiera extendido mucho más el apellido Cervantes.

Detrás de los comensales, de la cesta del pan y de la botella del vino, hay unas portadas y una puerta tendidas y apoyadas contra la pared, muestra de la obra realizada, que espera su colocación.

Obsérvese el parecido de las pequeñas con la madre y de los mayores con Jesús, las columnas de madera del reducido patio, las sillas de enea y el desigual piso que obliga a calzar la mesa.

Es el alentador ejemplo de los hogares que mantienen un cierto lustre con todos los trabajos del mundo.

